

ANA URRUTIA JORDANA

LA POETIZACIÓN DE LA POLÍTICA  
EN EL UNAMUNO EXILIADO

*De Fuerteventura a París y Romancero del destierro*



EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

# Índice

INTRODUCCIÓN .....	9
I. PREÁMBULO A LA DICTADURA DE PRIMO DE RIVERA (1917-1923) .....	19
II. UNAMUNO FRENTE A LA DICTADURA PRIMORRIVERISTA .....	37
1. Unamuno ante un panfleto .....	42
2. Destierro y exilio unamunianos .....	57
III. REVALUACIÓN DE LA POESÍA «POLÍTICA» DEL UNAMUNO EXILIADO .....	69
1. Unamuno, poeta ignorado .....	72
2. Hacia una poetización de la política .....	84
3. La crítica frente a la poesía «política» del exilio .....	91
IV. <i>DE FUERTEVENTURA A PARÍS</i> : EL CONTEXTO .....	99
1. La recepción .....	103
2. Hacia una lectura más ecuánime .....	108
3. Organización externa .....	115
V. <i>DE FUERTEVENTURA A PARÍS</i> : EL TEXTO «POÉTICO» .....	127
1. La actualidad política española como fuente de inspiración.....	131
VI. <i>ROMANCERO DEL DESTIERRO</i> .....	157
1. La recepción .....	164
2. Los romances .....	169
VII. CONCLUSIÓN .....	185
VIII. APÉNDICE .....	191
IX. BIBLIOGRAFÍA .....	197

## Introducción

**P**ESE A LA POLÉMICA existente en torno a su persona y su obra, Miguel de Unamuno (1864-1936) todavía consta entre los escritores más influyentes del siglo xx en España. Pero lo que es realmente excepcional de este pensador, ensayista, novelista, dramaturgo, poeta y periodista de la Generación del 98 no es tanto su versatilidad genérica, o su dilatada producción artística. Como muestro en las páginas que siguen, la trayectoria de Unamuno ejemplifica la fragilidad del arte en un contexto cultural e histórico más amplio de la España dictatorial, y en particular de la España de Franco. Cuanto de actualidad escribiera Unamuno, a partir de la instauración del régimen de Primo de Rivera, sería corrompido por censores, compiladores, editores y críticos durante las décadas sucesivas. Basta echar una rápida ojeada por la poesía que escribiera en el exilio, y compararla con las ediciones que se vinieron publicando en España hasta los ochenta, para comprender de qué manera la coyuntura política de turno afecta el mensaje de un autor. No cabe duda de que este tipo de tergiversaciones obedece primordialmente a cuestiones propagandísticas y no a razones literarias. Con lo que, en definitiva, el único perjudicado al cabo de este proceso es el propio artista. En el caso de Unamuno tanto los partidarios de la derecha —Primo de Rivera en un principio, luego Franco— como los de la izquierda, enturbiaron la imagen política y literaria de este vasco que en todo momento defendió su individualidad, pero sobre todo en tiempos en los que los españoles tendían a alinearse con grupos. No cabe duda de que Unamuno no fue nunca un ideólogo. Fue ante todo un ciudadano, un intelectual cuya misión fue siempre, como observó Ouimette (1976: 318), la de utilizar sus dones —su percepción, sabiduría, e integridad— para despertar y estimular la conciencia popular. Los dos volúmenes de poemas que aquí estudio, *De Fuerteventura a París* (1925) y *Romancero del destierro* (1928), no sólo reflejan este tono participatorio, sino que también nos presentan con una relación insólita de los acontecimientos históricos de un período poco conocido, del perfil biográfico del Unamuno exiliado, y de una poesía vehemente y penetrante que ha

sido frecuentemente ignorada. Lo que intento con este proyecto revisionista es rectificar la faceta político-poética de un escritor cuya obra ha sido deformada durante más de medio siglo, aparte de su posible afiliación generacional.

El concepto de «Generación del 98», con el cual se asocia a Unamuno, ha sido —y continúa siendo— motivo de debate entre historiadores y críticos literarios. Sin embargo, nadie parece negar la existencia de un grupo de intelectuales españoles durante la última década del siglo pasado que destaca principalmente por sus ataques públicos y críticas ardientes contra el sistema socio-político imperante en la España finisecular. Conviene resaltar el hecho de que, en un principio, se trata de una generación de intelectuales —y no de escritores en sentido estricto— obsesionados por el «problema de España», como se deduce de la divulgación que de ello hacen desde tribunas, cátedras, artículos periodísticos, correspondencia, así como textos de índole literaria. Por esta razón, resulta desconcertante que los escritos políticos (incluida la poesía politizada) de Miguel de Unamuno, quien durante muchos años ha ostentado el liderazgo de este grupo, no hayan sido examinados por la historia literaria con el mismo rigor e importancia con que lo ha sido su filosofía o su prosa.

Es cierto que la evolución poco común de su pensamiento político ha producido confusión y una cierta insatisfacción entre un gran número de unamunistas. El reputado filósofo gustaba de todo tipo de ambigüedades, paradojas, e incluso se deleitaba en la adopción de posturas intelectuales aparentemente opuestas a lo largo de sus escritos políticos. Estos problemas de «inconsistencia» pueden servir como una explicación inicial sobre la desviación de la crítica hacia cuestiones más previsibles y «permanentes» de la vida y obra de Unamuno. Sin embargo, la historia es algo más compleja. Un factor esencial a la hora de dilucidar el porqué del casi total abandono que han sufrido los artículos y poemas políticos escritos en el destierro, sobre todo los versos que componen *De Fuerteventura a París* y *Romancero del destierro*, se encuentra en la combinación de circunstancias externas que envuelven la publicación de estas dos obras. Porque dichas circunstancias tienen mucho más que ver con la volatilidad de los tiempos y la oposición contumaz de Unamuno al *statu quo*, que con los textos como entidades autosuficientes.

Conviene especificar el escenario histórico en el que se desenvuelve la acción. Para finales de febrero de 1924, la actitud contraria de Unamuno frente a la dictadura de Primo de Rivera tuvo como resultado una orden de destierro dictada contra el rector de Salamanca. Habían transcurrido cinco meses desde la instauración del régimen. Se le confinó a Fuerteventura, isla en la que residiría durante los cinco primeros meses de su prolongado exilio. De ahí se trasladaría a París (como resultado de una operación de rescate supuestamente secreta, pero cuya divulgación tendría unas repercusiones inusitadas), para más tarde mudarse a Hendaya, la última y la más extensa de sus etapas a lo largo de su existencia de proscrito. Dada la inseguridad del reciente gobierno, y los frecuentes ataques del ex profesor en cuanto a la corrupción de los nuevos líderes, sus escritos fueron excesivamente mutilados por la censura. Esta dinámica obligó a Unamuno a recurrir a editoriales y periódicos extranjeros, que se mostraron

gustos de publicar —y vender— textos tan provocativos. También se valió el desterrado para sus arremetidas de su correspondencia privada. En efecto, consciente de la interceptación de sus cartas por parte del gobierno, utilizó éstas para insultar directamente a Primo, demostrando su sagacidad y su perseverancia política a pesar del estado dictatorial. Tales ocurrencias favorecieron la empresa crítica de Unamuno al principio. Sabía que sus opiniones periódicas se leían clandestinamente, lo cual daba al mensaje otro nivel de significado. No obstante, la naturaleza dispersa de sus ataques dificultaría enormemente la labor recopiladora de investigadores y estudiosos del tema. De hecho, el único período de la obra del escritor que hasta la fecha sigue sin ser compilado es el que cubre la etapa del exilio, desde 1924 hasta 1930. En este sentido, la interpretación incluida en los capítulos siguientes está coadyuvada por el trabajo de archivo (referente a ese período) que he llevado a cabo en la Casa-Museo Unamuno de Salamanca.

Con todo, las barreras geográficas y políticas no bastan para explicar el aislamiento que ha experimentado cualquiera de estos textos. La mayoría de los artistas de importancia que se topan con la censura, o que son obligados a evacuar sus países debido a la imposición de un poder autoritario (ya sea de la derecha o de la izquierda), tarde o temprano son aclamados por su independencia de pensamiento. En el caso de Unamuno, una combinación de dos factores, y de las consiguientes ramificaciones, complicó este proceso.

Primero, el intervalo entre las dictaduras de Primo de Rivera y Franco fue increíblemente corto. Sólo seis años separan la caída del primer dictador del estallido de la Guerra Civil. En el ínterin se declaró la Segunda República; fue un período breve pero intensísimo para un país abrumado por la cuestión política, alterado por un cambio radical de las estructuras y con la mira en un futuro inmediato. No había cabida para otros asuntos que no fueran los del momento actual. Segundo, Unamuno, que había permanecido activo en la política tras su regreso a España, alineándose inicialmente con los republicanos, pronto empezó a mostrar su desilusión ante el nuevo sistema de gobierno. Pudiera ser que esperara demasiado —toda una revolución— de los nuevos gobernantes, por lo que la actuación política de éstos le decepcionó en gran medida. Para él la República no era sino otro partido en el poder, un poder con el que ahora se le asociaba a él también. Una vez más, el hombre público emprendió una crítica acérrima contra los diferentes equipos de gobierno, mientras se adjudicaba nuevos enemigos —esta vez pertenecientes a la izquierda. Más tarde, durante el levantamiento de las tropas franquistas, en julio de 1936, Unamuno se mantuvo —por vez primera— al margen de los acontecimientos. Creo que es importante señalar que en ningún momento elogió los incidentes de esos días. Se consideró en contra de ambos bandos, y a favor de una España diferente. Sin embargo, dentro del contexto perverso de una guerra, su postura equívoca sería interpretada de apoyo por Franco.

Finalmente, en septiembre de ese mismo año, cuando las atrocidades del generalísimo ascendían, Unamuno habló en contra de los franquistas. En octubre de 1936, durante la celebración en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca

del Día de la Raza, hizo explícitos su indignación y desdén hacia la rebelión militar. Sabido es que entre los que presidían dicha ceremonia se encontraba la esposa de Franco. Ni que decir tiene que tal demostración pública de desobediencia le costó el arresto domiciliario, bajo el que moriría dos meses después. Una de las grandes ironías de la vida de Unamuno es el hecho de que su último discurso tuviera tan poco efecto entre la población española. Dada su anterior posición crítica con respecto a los líderes republicanos, además de su silencio inicial hacia el levantamiento franquista, no debe sorprender el que su imagen como liberal sufriera serios daños. Y lo que es peor, el nuevo dictador y sus propagandistas se aprovecharon de las aparentes inconsistencias en la política unamuniana para crear, a raíz de su fallecimiento, todo tipo de calumnias en torno a su persona y su obra. Pueden verse ejemplos de ello en las esquelas y en las cabeceras de periódicos, lamentando la muerte de un escritor, de un patriota que finalmente había reconocido, en sus últimos años, las grandes virtudes del franquismo. Es así como tan iconoclasta escritor pasó a ser considerado como un reaccionario. «El entierro —dice Trapiello— fue una manifestación multitudinaria, aprovechada con fines propagandísticos: los mismos falangistas que quisieron lincharle en el paraninfo sacaron a hombros su féretro» (1994: 48). Ningún acto podría haber sido más degradante para el espíritu del individuo.

Las distorsiones no paran aquí. La reputación literaria de Unamuno se transformó en una cuestión política desde el momento de su muerte. Por ejemplo, las reproducciones de *De Fuerteventura a París* y *Romancero del destierro*, llevadas a cabo bajo el régimen franquista, aparecieron por vez primera en España en las «obras completas» que dirigió, compiló y prologó Manuel García Blanco. Pero ambas reproducciones diferían sustancialmente de los originales. Y es que estos fueron sometidos a una «limpia» censoria que eliminó la mayoría de los comentarios explicativos en prosa que acompañaban a los poemas del primer libro, y trece de los dieciocho romances que componen la última parte del segundo. Huelga decir que el resultado final es deplorable. Uno y otro volumen habían sido diseñados por Unamuno como una especie de diario de confinamiento y exilio (como bien indica el subtítulo de *De Fuerteventura a París*), un diario que reflejara su estado de ánimo y sus reflexiones en distintos momentos de su vida como expatriado: su desdén hacia el rey, hacia Primo, hacia sus acólitos, su descubrimiento del mar de Fuerteventura como metáfora de una crisis existencial, así como sus conmovedoras descripciones sobre la paz, la tranquilidad, y la esperanza en el futuro que allí encontró.

En lo referente a *De Fuerteventura a París*, prácticamente todos los poemas de contenido político —los más numerosos en el libro— van seguidos (en la primera edición) de comentarios explicativos en prosa que le hablan directamente al lector. Se vale Unamuno de éstos para proveer referencias específicas para los epítetos empleados en el texto poético, o para describir los acontecimientos históricos que le empujaron a escribir un poema dado. En otros casos, detalla su visión de cómo fue posible el golpe de Primo de Rivera, y por qué el gobierno de éste era una vergüenza nacional.